

BOLETÍN AMBIENTAL VIII

INSTITUTO DE ESTUDIOS AMBIENTALES IDEA-CAPITULO MANIZALES

MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO URBANO

“todo es inútil si el ultimo fondeadero no puede ser sino la ciudad infernal, y allí en el fondo es donde, en una espiral cada vez más estrecha, nos sorbe la corriente.”
Italo Calvino. “las ciudades invisibles”

José Fernando Escobar Ángel*

Las ciudades aparecen, desde miles de años antes de nuestra era, como producto de un excedente entre la producción y las necesidades de consumo de subsistencia de las comunidades, generándose como centros de poder y de intercambio. Y como centros de intercambio se constituyen en el medio más propicio para el desarrollo y difusión de la cultura, con todo lo bueno y lo malo que ello haya podido significar a lo largo de la historia de la humanidad. Y son muchas las ciudades, así sean ruinas sepultadas por el paso de milenios, las que han dado, a través de sus monumentos, sus murallas, sus vías, tanto o más que la tradición oral o escrita, testimonio de las vicisitudes de la historia de la humanidad.

Las ciudades han nacido, crecido, evolucionado y se han desarrollado, y en ocasiones han declinado y aun desaparecido, como consecuencia de la evolución de las sociedades y sus manifestaciones culturales.

Desde los primeros asentamientos de tribus que cambiaron su cultura nómada por la sedentaria, los sitios de reunión de la comunidad marcaron y definieron la urbe, tanto para la organización política como para el regocijo y la celebración. Desde las avasallantes culturas totalitarias babilónicas o egipcias de la antigüedad, que en las plazas y avenidas albergaron fastuosas manifestaciones militares, religiosas o fúnebres, hasta las polis griega que, fraguando las primeras ideas democráticas a través de sus pensadores, que concibieron la ciudad como el receptáculo físico de la sociedad, concentrando en el ágora, como lo hiciera más tarde roma en el foro, el centro de actividad de la colectividad como lugar de debate político y cultural, la ciudad es la máxima expresión de la sociedad.

En el Medioevo se recoge y se eleva a las alturas del misticismo, desplegando sobre el horizonte las agujas de sus catedrales y las almenas de sus murallas que luego reventara en el renacimiento para dar espacio a la expansión de la nueva cultura humanística. En el barroco, mientras se abigarran las formas de sus edificaciones, se construyen plazas monumentales y, por medio de la perspectiva de la ciudad se consolida como obra de arte y se afianza como símbolo de la centralización y afirmación del poder y el estado, de la ley del orden y la uniformidad, la ciencia se afianza en la sociedad como garantía de la superioridad del ser humano sobre el ambiente. La revolución industrial ensombrece su atmosfera con el humo de las chimeneas, hacina a sus nuevos pobladores en barracas estrechas e insalubres para dar paso luego, hasta nuestra época, a los rascacielos, totémicos símbolos del poder financiero nacional y transnacional.

Desde sus inicios las ciudades han consumido recursos producidos por la naturaleza y han retornado a ella los desperdicios de ese consumo, de manera casi imperceptible en localidades pequeñas y en épocas anteriores, hasta la forma devastadora en que las grandes ciudades, especialmente en los países menos desarrollados, lo hacen en los tiempos actuales. “las ciudades son a su vez los mayores centros de producción de desechos y residuos. Y estos se descargan al aire, al agua y sobre la tierra, o sea, a la biosfera. Si esta no logra reabsorberlos, se producirá su contaminación, de modo que se deterioran esos mismos recursos y ecosistemas y ello afectara la salud de la población”. (Sunkei 1980:17)

Esta última circunstancia hace parecer en nuestros días, ante los ojos de muchos, a la ciudad como una de las principales responsables del deterioro ambiental, y en consecuencia como una amenaza a la supervivencia de las especies vivas, y por consiguiente de la misma humanidad, sobre el planeta.

¿Podemos hoy en día, desde un punto de vista sensato, plantear como solución, así sea parcial, a los problemas ambientales, la desaparición de la ciudad; volver a habilitar en arboles o cuevas, alimentarnos de raíces y frutas y vestirnos con hojas de parra, renunciando a todos los logros de bienestar y confort que durante milenios ha desarrollado la especie humana? Nos enfrentamos entonces, posiblemente, a un riesgo similar o mayor de desaparición de la especie, incapacitada por la evolución genética para afrontar las condiciones de vida que ellos implicaría.

Solo cabe entonces, especialmente en el caso de nuestros países, que en su mayoría han alcanzado ya un alto grado de urbanización, plantearnos cuál debe ser el modelo de desarrollo que deben seguir nuestras ciudades, de manera que se consoliden generando un medio apropiado de vida para todos sus habitantes y evitando que contribuyan al deterioro ambiental general.

¿podemos, para ello, seguir teniendo como modelo la ciudad norteamericana y pensando que desarrollo es crecimiento desenfrenado de las áreas urbanas, pavimento, rascacielos y, para aliviar la conciencia, arboles en los separadores de las avenidas, que dan “imagen” y nos permiten decir, a propios y extraños, que en nuestra ciudad si hay “desarrollo urbano”?

¿Podemos seguir hablando de desarrollo urbano cuando, a pesar de las avenidas y los rascacielos, la mayoría de la población de las ciudades es, en términos comparativos, cada vez más pobre; tanto que cada vez más personas dependen para su subsistencia del reciclaje de los desperdicios que producen los más pudientes?

¿podemos afirmar que es desarrollo urbano el que produce ciudades amorfas, con centros ostentosos y extensos cinturones de miseria, asentados en zonas generalmente de alto riesgo donde, mas en los primeros que en los segundos, la solidaridad, considerada como valor obsoleto, debe dar paso a la violencia e inseguridad de todo tipo; desde la que surge como producto de la necesidad de subsistencia de algunos, hasta la producida por quienes creen que conducir un automóvil de alto costo los hace unidos dueños de las calles, que los demás deben desocupar para no estorbarles el paso?

Es necesario, entonces, plantearse cuál es el modelo de ciudad más conveniente para lograr una apropiada calidad de vida para todos. No el que quieren unos pocos en función de su lucro personal, de satisfacción de apetitos de poder o de su afán de protagonismo, sino el que necesita la comunidad en su totalidad para la satisfacción de sus necesidades básicas, espirituales y materiales, y que no solo deteriore el ambiente, sino que por el contrario lo mejore lo enriquezca.

Solo así podremos esclarecer y definir metas a alcanzar en el desarrollo de nuestras ciudades y, en consecuencia, corregir los rumbos que actualmente las están llevando al abismo de caos, inseguridad, incomodidad y desarraigo y convirtiéndolas en amenaza para el medio ambiente.

El propósito en consecuencia, desde el punto de vista ambiental, no debe ser el de acabar con la ciudad, sino plantear perspectivas de evolución que permitan su desarrollo sustentable, en equilibrio con los ecosistemas, conservando la imagen y la función que la han hecho viable y necesaria a través de la historia y la posibilidad de recuperarse y mantenerse como lugar de encuentro, como crisol cultural y social, y no meramente como centro de consumo desenfrenado y, por consiguiente, de producción incontrolable de desperdicios.

Una ciudad en la que todos podamos vivir en condiciones adecuadas de salud física y mental, con un nivel apropiado de satisfacción de las necesidades básicas físicas, emocionales e intelectuales, donde el goce y el disfrute reemplacen el sufrimiento y la incomodidad y que pueda mantener el equilibrio con el medio natural, será una ciudad ambientalmente viable.

BIBLIOGRAFIA

SUNKEL Osvaldo, "La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América latina", en revista de la CEPAL No. 12, diciembre de 1980.

Coordinación de edición,
Arquitecta Luz Stella Velásquez
Directora IDEA Manizales.